

sobre los delitos militares; los franceses serían dueños de su persona, no deberían ser ni detenidos ni desterrados arbitrariamente y no dependerían más que de sus jueces naturales. No se ordenaría el estado de sitio más que en el caso de una invasión enemiga ó de trastornos civiles. En este último caso no podría ser ordenado más que por una ley, ó, en defecto de las cámaras, por un decreto que sería convertido en ley á la mayor brevedad posible. Todo francés disfrutaría del derecho de imprimir su opinión sin ninguna censura previa, con tal de responder de ella ante la justicia, siendo elegido el jurado para entender en los delitos de imprenta. Estaba garantizado el derecho de petición individual; los cultos declarados iguales y libres. Por último, la dinastía, los bienes nacionales, la abrogación del diezmo y de los antiguos privilegios fueron, como hemos visto, colocados bajo la protección de una garantía especial, toda vez que los miembros de las cámaras no podían presentar ninguna proposición que los alterase en lo más mínimo.

Las disposiciones de los senadoconsultos anteriores contrarias á la nueva acta quedaban anuladas. El Acta adicional debía ser sometida á la aprobación del pueblo francés, que podría acudir á las alcaldías, á los juzgados de paz, notarías, etc., á votar afirmativa ó negativamente en los registros abiertos con este fin. El recuento de los

votos se haría en la asamblea del Campo de Mayo, formada por todos los miembros de los colegios electorales que tuviesen á bien personarse en París.

Jamás la libertad, toda la que razonablemente puede desearse, había sido concedida á la Francia con mayor extensión, salvo el artículo relativo á la confiscación, que quedaba aplazado. Napoleón la otorgó tan completa, no por astucia, sino porque con su gran talento había comprendido que hallándose obligado á concederla, debía hacer que fuese favorecida con todas las condiciones necesarias; porque entonces no llenaba su mente más que una idea, la de vencer á la Europa conjurada contra él, y una vez obtenido este resultado el poder más ó menos lato de que gozase era á sus ojos una cuestión secundaria, porque se figuraba que en la práctica de la constitución, se lo concederían á él más que á ningún otro, gracias á su gloria, á su genio, á la energía de su voluntad; porque, en fin, pensando en su hijo más que en sí propio, no deseaba que tuviese otros poderes que los que podía alcanzar un rey de Inglaterra.

Fáltanos ver cómo fué recibida esta libertad dada tan completamente, y en el relato que sigue encontrarán nuestros lectores una nueva prueba de que en política, como en todas las cosas, no basta que los remedios sean buenos, sino que necesitan ser oportunamente aplicados.

LIBRO QUINCUAGÉSIMO NOVENO

EL CAMPO DE MAYO

Publicación del Acta adicional. - Efecto que produjo. - Aunque es de todas las Constituciones de la Francia la más liberal y la mejor redactada, es muy mal recibida. - Motivos de este suceso. - La Francia no cree más á Napoleón cuando la habla de libertad que la Europa cuando ofrece la paz. - Desencadenamiento de los realistas y frialdad de los revolucionarios. - El partido constitucional es el único que acoge favorablemente el Acta adicional y sin embargo se muestra desconfiado. - Importancia del papel de Mr. de Lafayette en estas circunstancias. - El partido constitucional impone condiciones por su adhesión y exige la inmediata convocación de las cámaras. - Napoleón desea diferirla, para no tenerlas reunidas durante las primeras operaciones de la campaña. - Le obligan á ello y aun antes de ser definitivamente adoptada el Acta adicional se decide á ponerla en ejecución convocando inmediatamente las cámaras. - Llama al mismo tiempo al *Campo de Mayo* al cuerpo electoral. - Estas medidas apaciguan en cierto modo los ánimos. - Consecuencia de los sucesos ocurridos en Viena y en Londres. - Aunque muy animadas las potencias, no dejan sin embargo de considerar como grave la lucha que se prepara. - El Austria desearía desembarazarse de Napoleón suscitándole obstáculos en el interior. - Tentativa de una negociación secreta con Mr. Fouché. - Envío á Basilea de un agente secreto. - Napoleón descubre esta sorda maquinación, y para destruirla envía á Basilea á Mr. Fleury de Chaboulón. - Explicación violenta con Mr. Fouché sorprendido en flagrante traición. - Esta maquinación no produce consecuencias inmediatas. - La coalición persiste y el ministerio británico, llevado al extremo, concluye por confesar en el parlamento su proyecto de volver á emprender la guerra inmediatamente. - La oposición se queja por haber sido engañada, el parlamento lo juzga así, pero sin embargo vota la guerra una gran mayoría. - Marcha de los dos ejércitos enemigos con dirección á Francia. - Aventuras de Murat en Italia. - Su loca empresa y su triste fin. - Se refugia en Provenza. - Siniestro augurio que todo el mundo hace de este suceso contra Napoleón y en el que cree él mismo. - Progreso de los preparativos militares. - Formación espontánea de los confederados. - Servicios que Napoleón espera obtener de ellos en la defensa de Lyon y de París. - Mientras que los revolucionarios se deciden á apoyar á Napoleón, los realistas se quitan la máscara y comienzan la guerra civil en la Vendée. - Primeros movimientos insurreccionales en las cuatro subdivisiones de la antigua Vendée, y combate de Aizenay. - Prontas medidas de Napoleón. - Se priva de veinte mil hombres que le hubieran sido muy útiles contra el enemigo exterior y los dirige hacia la Vendée. - Al mismo tiempo encarga á Mr. Fouché que negocie un armisticio con los jefes vandeanos. - Resultado y espíritu de las elecciones. - Reunión de la cámara de los pares y de la de los representantes. - Disposiciones de ésta. - Queriendo sinceramente sostener á Napoleón contra el extranjero se halla preocupada con el temor de parecer servil. - Sus primeros actos manifiestan una extremada susceptibilidad. - Esto afecta vivamente á Napoleón. - Campo de Mayo. - Grandiosidad y tristeza de esta ceremonia. - Mensajes de las dos cámaras. - Consejos dignos y severos de Napoleón. - Sus profundas observaciones acerca de lo que falta á su gobierno para subsistir delante de las cámaras. - Siniestros presagios. - Abandona á París el 12 de junio para ponerse al frente del ejército. - Despedida que dirige á sus ministros y á su familia. - Últimas consideraciones sobre la tentativa del restablecimiento del imperio.

Jamás se había otorgado á la Francia una libertad más completa que la que se daba con el Acta adicional, y sin embargo, jamás ninguna otra fué peor recibida. Los hombres, viejos ó jóvenes, que después de un largo sueño del espíritu público habían vuelto á sentir en sus almas el amor de la libertad, tenían todos un modo muy distinto de comprenderla, porque la experiencia no los había conducido á adoptar un sistema común. En general se habían imaginado que algunos centenares de constituyentes serían llamados á discutir las diversas formas de gobierno y que de esta discusión nacería la forma que cada cual de ellos prefería. La mayor parte se habían hecho la ilusión de que entrarían en el número de estos constituyentes, y el mismo consejo de Estado había creído que en vez de comunicarle simplemente la nueva constitución, le habrían confiado la misión de redactarla. El espíritu sistemático y las pretensiones personales se hallaban, pues, frustrados á la vez por la forma adoptada. Además detestaban las antiguas constituciones imperiales, á las que hacían responsables con alguna razón de las desdichas del primer imperio, y habían alimentado la esperanza de que sufrirían un cambio radical, que alterase por completo su fondo y su

forma. Al hallar una mañana en el *Monitor*, en vez de lo que se prometían, sin poder ser cambiada en lo más mínimo, una simple acta, llamada *adicional* á las constituciones imperiales, que no parecía ser más que una ligera modificación de aquéllas, y sin más garantía de solidez que la aceptación reservada en las alcaldías, juzgados de paz, etc.; al hallar esto, repetimos, la decepción fué cruel y universal. Esperaban un orden de cosas enteramente nuevo, que fuese obra de todo el mundo y recibiese una sanción solemne, y no conseguían ó creían conseguir más que una insignificante modificación, aquilatada por el mismo poder y sancionada de una manera vulgar que no ofrecía ninguna seguridad, porque de esta manera nada garantizaba que no se sucedieran las actas adicionales unas á otras como anteriormente los senadoconsultos. Obtener poco y ni aun siquiera poder contar con este poco, fué naturalmente para todos los ánimos un motivo de creerse indignamente engañados.

Desde luego el título de la obra los había prevenido en contra suya antes de leerla. Al leerla, hubieran sido necesarias las luces de que entonces se carecía para reconocer que contenía las bases de la verdadera monar-

quía constitucional, tal por lo menos como el legislador podía escribirla, porque la práctica misma es la obra del tiempo. Pero en aquella época los amigos de la libertad, si no carecían de instrucción, carecían por completo de experiencia. No encontrando los unos en el Acta adicional la república ó poco menos, hallando en ella los otros dos cámaras, se desesperaron; todos se enfurecieron al ver que una cámara sería hereditaria, y esta disposición, como lo había previsto Napoleón, produjo una reprobación universal. Así, pues, al descontento causado por el título, que no indicaba más que una modificación en vez de un cambio radical, y al descontento causado por la forma, que recordaba la Carta concedida por Luis XVIII, se aumentó el descontento ocasionado por su espíritu. Para los antiguos republicanos, representaba la monarquía; para los monárquicos de 1791, era la monarquía con las cámaras, la *monarquía Mounier*, en una palabra; por último, para los jóvenes liberales un poco más avanzados que las dos clases precedentes, era la monarquía aristocrática, toda vez que la *pairie* debía ser hereditaria. Los periódicos se hicieron eco unánimemente de estas diatribas, y los realistas, alentados al ver las atenciones que les guardaba la policía imperial, se unieron á los republicanos enemigos de la monarquía, á los monárquicos enemigos de las dos cámaras, á los jóvenes liberales enemigos del derecho hereditario, para repetir con ellos las acusaciones singulares en sus labios, de que el Acta adicional era una Carta concedida como la de Luis XVIII, consagrando la monarquía feudal de las dos cámaras, de las cuales una sería hereditaria. De este modo contribuyeron á propagar la idea, ya muy generalizada, de que Napoleón no había cambiado; de que después de haber prometido mucho á su llegada, no cumplía nada al creerse asegurado; de que persistiendo en sus antiguas costumbres formaba con su despotismo personal un simulacro de Constitución, llenándola con los mismos acuerdos que la de los Borbones, promulgándola en la misma forma, haciendo concesión de ella de una manera peculiar por medio de los registros abiertos en las casas de los empleados públicos, manera de proceder tan insolente como había sido ilusoria la que había empleado Luis XVIII. Esta idea se apoderó rápidamente de todos los ánimos predispuestos á la desconfianza, y causó en ellos el daño más terrible en aquellos momentos, amortiguando el celo de los amigos de la revolución y de la libertad, los únicos que se hallaban prontos á correr á las fronteras. Cualquiera de ellos disgustado ó desalentado era no solamente un partidario menos de Napoleón, sino un soldado que perdía la defensa del país. Mientras que los patriotas de todos los matices, excitados por los realistas, declaraban que el Acta adicional era una obra tenebrosa del despotismo, los hombres que por el contrario acusaban al gobierno de echarse en los brazos del partido revolucionario y que hacían de sus fingidos temores un pretexto para permanecer á la expectativa hasta que la victoria se hubiese decidido, estos hombres decían en todas partes que no reconocían á Napoleón, que se dejaba dominar por locos, que había otorgado una Constitución anárquica, y que después de haber consentido en ser el instrumento de los jacobinos y de los regicidas, no tardaría en ser su víctima.

En el fondo se hallaba cada cual agitado por el sen-

timiento de la gran crisis que se preparaba, y que se veía avanzar á paso de gigante con los ejércitos europeos. Los partidos comprendían todos que su suerte dependía del resultado de esta crisis, y la falta de sangre fría uniéndose al error de sus juicios hacía que les impresionase aún más y que tuviesen menos razón, menos criterio que de costumbre.

Napoleón veía esta disposición de los ánimos y estaba vivamente afectado al comprender la desconfianza que inspiraba. Desde un principio había previsto que la *pairie* hereditaria sería desaprobada, pero nunca hubiera creído que se juzgara tan gravemente el título que había dado á la nueva Constitución. Sin embargo, procuraba conservar alguna calma en medio de aquel trastorno general. «Ya lo veis, dijo á Mr. Lavallette, á quien llamaba cerca de sí muy á menudo para desahogar con seguridad los sentimientos que llenaban su corazón; ya lo veis, todas las cabezas están atacadas de vértigo. Yo solo en este vasto imperio he conservado mi calma, y si la perdiese, no sé lo que sería de nosotros!» Efectivamente, hacía un continuo esfuerzo sobre sí mismo para contener la fogosidad de su carácter, se prohibía la menor vivacidad, escuchaba las más ridículas objeciones con una calma, con una dulzura que no empleaba generalmente más que en los grandes peligros, se guardaba muy bien de añadir al fuego de todas las pasiones el fuego de las suyas, y de este modo expiaba con sus sufrimientos, de los que sólo eran testigos Dios y algunos amigos, las faltas de su antiguo despotismo. Pero, ¡ay!, ¡si se pueden expiar las culpas ante Dios, son irreparables ante los hombres! ¡Dios ve el arrepentimiento y esto le basta para perdonar! Los hombres no tienen ni su vista ni su clemencia; no ven más que las faltas, y su ruda justicia necesita el castigo material, completo, ruidoso. Napoleón no debía tardar en dar una terrible y memorable prueba de lo que decimos.

El Acta adicional no tuvo otros defensores que los antiguos constitucionales más sabios y prudentes. El papel brillante de redactor de la nueva Constitución, conferido á Mr. Benjamín Constant, los había á un tiempo lisonjeado y tranquilizado. La lectura de la obra los dejó todavía más satisfechos. Madama de Stael, á quien su raro talento y su profundo conocimiento de la Inglaterra ponían al abrigo de los errores de entonces, aprobó altamente el Acta adicional. La ilustrada escuela de los publicistas ginebrinos, que seguía el impulso de madama de Stael y de Mr. Benjamín Constant, la aprobó con la misma satisfacción. El más sabio de estos publicistas, Mr. de Sismondi, se encargó de defenderla en toda regla en las columnas del *Monitor*. En una serie de artículos sumamente notables, procuró demostrar que la forma adoptada no se parecía en nada á la concesión de Luis XVIII, porque este príncipe no había admitido más que su propio derecho, reservándose por esto solo la facultad de abolir lo que otorgaba, mientras que Napoleón había reconocido formalmente la soberanía nacional, la presentaba su trabajo, y si lo aceptaba quedaba irrevocablemente comprometido con ella; que el modo empleado para redactar y someter á la aprobación general la nueva Constitución, aunque dejando mucha parte al poder, era el único admisible en las circunstancias en que se hallaban, porque la reunión de las asambleas primarias para elegir una constituyente, la reunión

de esta constituyente, además de la dificultad de semejantes operaciones en presencia del enemigo, hubieran tenido el inconveniente de someter á una polémica interminable una obra en cuyas bases estaban de acuerdo todas las inteligencias ilustradas; que si Napoleón no hubiera obrado de buena fe, hubiera podido recurrir á este medio: dejar discutir á esta constituyente mientras se encaminaba á combatir al enemigo exterior, y después, volviendo vencedor, ponerla en ridículo, disolverla y hacer completa ostentación de su antiguo poder; que, por el contrario, al presentar sin perder un instante una obra acabada, una obra que con excepción de un solo punto nada dejaba que desear á los amigos de la libertad, demostraba la formal resolución que había tomado de desprenderse de su antiguo poder y de dotar al país con una verdadera monarquía constitucional; que la comparación de la nueva Constitución con las que la habían precedido ponía en evidencia que ésta era la mejor que había obtenido la Francia, porque en ciertos puntos era hasta más liberal que la de Inglaterra; por último, que el sostenimiento de los senadoconsultos anteriores era la cosa más natural y más necesaria del mundo, porque hallándose estos senadoconsultos formalmente anulados en todas sus disposiciones contrarias al Acta adicional, no debían ser temidos desde el punto de vista político, siendo preciso dejarlos subsistir desde los demás, so pena de ver destruidas de un solo golpe la legislación civil, la legislación administrativa, es decir, la organización completa del Estado; y que al dar una Constitución nueva, no se podía tener otra pretensión que la de cambiar la forma política del gobierno, dejando sólo al tiempo el cuidado de modificar la legislación civil y administrativa, conformándose para los procedimientos con el Acta adicional.

Lo que escribía Mr. de Sismondi era la verdad, pero verdad para las personas prudentes, que no se hallaban prevenidas en contra del gobierno. Las demás, que, sea dicho de paso, componían la mayor parte, inspiradas por su desconfianza ó por el descontento que les causaban algunas disposiciones del Acta adicional, creyeron ver personificado en ella á Napoleón con su carácter y su despotismo: con su carácter era posible, porque aunque habían impresionado su alma en sumo grado sus desdichas, podía ser muy bien que no hubiese cambiado lo bastante; pero al considerarle con su despotismo se equivocaban, porque la nueva Constitución era aún mejor que la Constitución inglesa, y puesto que habían incurrido en la enorme falta de volver á llamar á Napoleón, necesitaban servirse de él contra el extranjero tal cual era y procurar hacerle soportable el papel de monarca constitucional. Mr. de Lafayette, á pesar de las susceptibilidades de su liberalismo, era más justo. Desaprobó la forma del Acta adicional, pero la perdonó en favor del fondo y felicitó por ella á su amigo Mr. Benjamín Constant: «Vuestra Constitución, le escribió, vale más que su reputación, pero es preciso hacerla creer, y para que la crean ponerla en vigor sin perder un instante.»

Mr. de Lafayette había pasado catorce años en su posesión de Lagrange, y aun cuando estaba agradecido á Napoleón porque en otro tiempo le había sacado de los calabozos de Olmutz, no le perdonaba que hubiese arrebatado toda su libertad á la Francia. Sin embargo,

aunque no tenía ningún resentimiento contra un hombre que le había prestado un eminente servicio, aunque apreciaba su genio, era invencible la incredulidad que experimentaba respecto de su anunciada conversión. Pero, de todos modos, impulsado por el ardor de su alma, no deseaba nada tanto como prestarse á cuantos ensayos de libertad quisieran hacerse, así con Napoleón como con los Borbones, y tanto más con Napoleón cuanto que si temía más por la libertad política, estaba segurísimo de que serían respetados los principios sociales de 1789, y de que la Francia podría presentarse al extranjero, más grande, más independiente. Satisfecho excepto en un punto con el Acta adicional, cifraba todo su interés en que fuesen puestas en práctica sus disposiciones, y estaba pronto á olvidar la mayor parte de los motivos en que se fundaban sus desconfianzas si se convocaban las cámaras inmediatamente. En su concepto, dejaría de ser temible Napoleón cuando los hombres más notables del partido liberal estuviesen reunidos en una asamblea. Utilizarían su espada para rechazar al enemigo, y si después de haberla utilizado no estaban contentos con él, le reemplazarían con su hijo, y de este modo fundarían la monarquía constitucional. Esta manera de pensar tenía el inconveniente de autorizar á Napoleón á que pensase del mismo modo, á decir también que al volver vencedor se desharía de los amigos de la libertad, si no estaba contento de ellos, y lo que se hubiera conseguido con una asamblea inmediatamente convocada hubiera sido ligar sus manos para con el enemigo exterior, sin ligárselas lo suficiente para que no atentase contra la libertad.

De cualquier modo, Mr. de Lafayette estaba pronto, lo repetimos, á darse por satisfecho si no le hacían esperar la convocación de las cámaras; él era el hombre á quien deseaban contentar á cualquier precio, porque era con Carnot el más respetado de la revolución de entre los que la habían sobrevivido. Si no había tenido como Carnot el honor de organizar la victoria, había tenido el de no votar ni la muerte de Luis XVI ni la de ningún otro ciudadano. Afiliarle al imperio era para Napoleón la garantía de más crédito que podía conseguir para probar sus intenciones liberales. Así, pues, se hacían los mayores esfuerzos para conquistarse su voluntad.

Muchas personas lo procuraban: el general Mathieu-Dumas, el príncipe José y Mr. Benjamín Constant. El general Mathieu-Dumas, ocupado en organizar los milicianos nacionales para la defensa del país, cuidándose de libertad sin duda, pero más aún del triunfo de nuestros ejércitos, aprovechaba sus antiguas relaciones con Mr. de Lafayette para acercarlo al príncipe José. Este príncipe, por su parte, había tenido relaciones con Mr. de Lafayette; pero interrumpidas por sus dos reinados en Nápoles y España, procuró volver á verle en aquellas circunstancias, guiado por la doble y honrada intención de conseguir para Napoleón un apoyo y un amigo. Se mostró con el ilustre patriota de 1789 francamente liberal, y con efecto había llegado á serlo bajo el yugo de su hermano; pero creía ser aún más liberal de lo que era, y esto hacía mucho más fácil su papel. Mr. de Lafayette, con una galantería bastante altiva, escuchaba sus discursos y le respondía que daría crédito á todo cuanto quisieran con tal que convocasen las cámaras, á lo que José no ocultaba que Napoleón opondría una

viva resistencia por el temor de dejar en París una asamblea que divagase perdiendo el tiempo mientras que haría la guerra.

Mr. Benjamín Constant se convirtió también en cortesano de Mr. de Lafayette. *Sois*, le decía, *mi conciencia*, lo que significaba que le consideraba en aquellas circunstancias como su excusa. Con efecto, Mr. Benjamín Constant no podía ocultarse que su conducta, aun en medio de los cambios que se hacían en aquel tiempo, había sido notada y juzgada poco favorablemente, porque llegar á ser el consejero de Estado de un príncipe sobre cuya cabeza había invocado no hacía mucho la execración pública, no podía explicarse fácilmente. Pero tener á Mr. de Lafayette por amigo, por aprobador, era responder á cuantos cargos se le hicieran. Monsieur Benjamín Constant procuraba, pues, persuadir á Mr. de Lafayette, quien tanto á él como á José respondía imperturbable que creería en cuanto le decían y aprobaría lo que hicieran si se convocaban las cámaras. Podía presentarse á esta convocación precipitada una objeción legal muy grave, la de poner en práctica una Constitución antes de haber sido aprobada; pero, por grave que fuese, no contenía á Mr. de Lafayette ni á los partidarios de la inmediata convocación. Por más que censurasen un sistema de aprobación en el que la voluntad popular era tratada con mucha ligereza, no temían en tratarla con mayor ligereza aún, en la suposición de que era ya conocida, y no esperando á que manifestase sus deseos. Según ellos, importaba poco que se faltase á las conveniencias debidas al pueblo con tal de que se satisficieran sus pretensiones: así es que querían obligar á aceptar una proposición de este género al único que podía decidir la cuestión, y conseguir esto no era tan fácil como se imaginaban.

Napoleón, completamente resuelto á poner en práctica la nueva Constitución, deseando que alcanzase buen éxito el ensayo que se iba á hacer, porque el triunfo del partido liberal era el suyo, mientras que su derrota era el triunfo de los Borbones, Napoleón, decimos, temía la convocación de las cámaras por miedo de que al oír el primer cañonazo perdiesen, no su valor (la Convención había probado lo contrario), sino la sangre fría necesaria.

Esperaba tener que atravesar por crueles vicisitudes, verse quizás al pie de las murallas de París combatiendo para impedir á la Europa que franquease sus puertas, y no desesperaba de triunfar, si no se turbaban los ánimos, si sabían considerar con calma los horrores de una guerra á la desesperada. Ahora bien: con el golpe de vista penetrante de que estaba dotado, comprendía que una cámara de representantes formada en las circunstancias en que se hallaban sería un resumen de todos los partidos; que una jornada desgraciada, verosímil aun en la hipótesis de que alcanzase un triunfo definitivo, en vez de ser un motivo de unión y de perseverancia, sería acaso un motivo de división, le arrebatarían quizá de las manos la espada con que defendería á la Francia; y es imposible decir que esta opinión fuese falta de sinceridad y de fundamento, porque las asambleas á un tiempo nuevas y divididas son sin duda ninguna un malísimo instrumento de guerra. Así, pues, deseaba aprovechar todos los plazos que resultaban regularmente de la aplicación del Acta adicional, para

diferir la reunión de las cámaras, logrando de este modo contar con dos meses en los cuales podía descargar los primeros golpes al enemigo; y con el modo que empleaba para dirigir las operaciones militares era posible que diese lugar á acontecimientos de tal naturaleza que la campaña, si no la guerra, fuese decidida en los dos meses. Fortalecidos entonces con el triunfo los ánimos y su ascendiente, podía tener lugar la reunión de las cámaras sin el menor peligro.

Cuando se reflexiona en los sucesos posteriores que ocasionaron lo que es peor que la derrota de una dinastía, la derrota de un país, no puede menos de considerarse como muy acertada la opinión que en aquellos momentos profesaba Napoleón. Pero la desconfianza que inspiraba á la Europa respecto de sus intenciones liberales. Además del disgusto poco reflexivo que se manifestaba hacia algunas disposiciones del Acta adicional, todo el mundo creía que era una promesa engañosa, de la que se desentendería Napoleón en cuanto consiguiese la primera victoria; y si algo podía vencer la incredulidad universal era el espectáculo de una asamblea colocada al lado del gobierno, discutiendo en contradicción con él los asuntos públicos, vigilándole atentamente, y hallándose dispuesta á desconcertar sus determinaciones anticonstitucionales. Era tal, gracias á sus pasadas faltas, la terrible posición de Napoleón, que la convocación inmediata de las cámaras le exponía á tener la anarquía detrás de sí, mientras que el enemigo se hallaba á su presencia, y la no convocación le separaba de la confianza, que era la única que podía proporcionarle soldados!

El príncipe José, movido por un celo sincero y por el deseo de darse importancia, procuraba alcanzar de su hermano concesiones que le acreditasen entre los constitucionales, y con este propósito insistió en que se reuniesen en seguida las cámaras. Mr. Benjamín Constant, para complacer á sus amigos y sobre todo para conquistarse el favor de Mr. de Lafayette, que se servía con infinita destreza del deseo que tenían de su aprobación, apoyó fuertemente las conclusiones del príncipe José. Uno y otro decían que el Acta adicional no había alcanzado éxito, que nadie la consideraba con formalidad, que era preciso algo que hablase á la vista, y que sólo la presencia de seiscientos representantes y de doscientos pares en rededor del trono podría hacer creer en la realidad de las promesas imperiales. Napoleón se defendía diciendo que sabía muy bien que el Acta adicional no había sido acogida con favor á causa de su título; que esto y la *pairie* hereditaria de Mr. Benjamín Constant la había desprestigiado ante la opinión pública; que los ánimos se hallaban más dispuestos á lo imaginario que á lo positivo y bueno; que esta deplorable tendencia se agravaba de día en día; que no la curaría con ningún género de sacrificios, y que para oponer un remedio á un mal que sólo podía curarse con el tiempo, no iría á echarse en los brazos de una asamblea constituyente, cuando se dirigían contra él todos los ejércitos de la Europa. Opuso, pues, resistencia muchos días á las instancias de los que le asediaban, que no eran otros que los hombres pertenecientes al partido constitucional, los que deseaban á un tiempo motivar su adhesión y rodearse de una numerosa asam-

blea, en la que esperaban tomar asiento como dueños.

Pero el asedio no fué menor que la resistencia, y se hallaba apoyado por un desencadenamiento inusitado de la prensa periódica, particularmente de la prensa realista, que acusaba el Acta adicional de no reconocer bastante explícitamente la soberanía nacional. Por desgracia, los hombres que se llamaban patriotas se dejaban coger en el lazo de estas declamaciones. Napoleón no se engañaba, pero tenía necesidad del partido revolucionario y liberal para poner freno en el interior al partido realista, en el exterior para luchar contra los ejércitos coligados, y le importaba en sumo grado no desalentar el celo que encaminaba á los soldados hacia las fronteras y sobre todo á los milicianos nacionales movilizados. Lo que inclinaba á estos valientes, á unos á llenar los vacíos de nuestros regimientos, á otros á defender las plazas, era el rumor que circulaba de la necesidad que había de acudir á las fronteras para alejar al extranjero, á los Borbones, á los nobles, al clero, á la contrarrevolución, en una palabra. Ahora bien: si el partido revolucionario y liberal, que decía estas cosas, llegaba á enmudecer por descontento, podía resultar de esto una tibieza funesta que privaría de sostén al ejército y le expondría á encontrarse solo y descubierto en presencia del enemigo; y este ejército era heroico sin duda alguna, pero insuficiente en número para resistir al choque de la Europa conjurada. Esta razón ejercía una influencia que se aumentaba de día en día sobre el ánimo de Napoleón, que veía suceder poco á poco una funesta impopularidad al entusiasmo con que los amigos de la revolución le habían acogido al desembarcar en el golfo Juan; pero esta razón no hubiera sido suficiente para hacerle tomar una determinación decisiva, y fué preciso que se suscitase otra más poderosa todavía.

Mientras que en el interior, por las desconfianzas que inspiraba, procuraban pintarle como un déspota incorregible, amable en aquellos momentos, pero inclinado á volver á poner en práctica sus inveteradas costumbres; en el exterior le presentaban como un feroz tirano, rodeado de soldados tan feroces como él, no atreviéndose á dar un paso más allá de las filas de sus legiones, inspirando el terror y experimentándolo á la vez, odioso en una palabra á la nación francesa á cuyo seno había vuelto para hacerla sentir el peso de su yugo de hierro. En vano acudía á la plaza del Carrousel á pasar revistas casi cotidianas, donde todo el mundo podía acercarse á él; á los exactísimos relatos que publicaba el *Monitor* se respondía que si se presentaba en alguna parte era siempre rodeado de soldados. Esta pertinacia en repetir semejante mentira comenzaba á producir efecto en Europa, á la que persuadían de que bastarían vencer á ciento ó doscientos mil mamelucos para dar fin con el tirano, después de lo cual encontrarían á la Francia sumamente dispuesta á desembarazarse de su tiranía. Tanto importaba responder á esta falsedad como á la primera. La convocación inmediata de las cámaras, cualesquiera que fuesen sus inconvenientes, tenía la doble ventaja de acallar los rumores que corrían en el exterior y en el interior, probando por un lado que Napoleón había otorgado formalmente el Acta adicional, puesto que sin aguardar á los plazos legales hacía entrar á la nación en el goce efectivo de sus derechos; y por el otro, que no temía su contacto con ella, puesto que se rodeaba

de sus representantes. «Pues bien, dijo á José y á monsieur Benjamín Constant, que persistían en pedir la ejecución anticipada del Acta adicional; estoy decidido, convocaré las cámaras, y de este modo pondré fin á las dudas que inspiran mis intenciones; yo haré ver la confianza que tengo en esta nación, que, según dicen, me intimida, llamando en torno mío á sus elegidos.» Pero aún faltaba una dificultad, la de anticiparse al voto popular, dispensándose de esperar la aprobación de la Constitución para declararla en vigor. Se redactó un decreto y se le hizo aparecer precedido de un preámbulo que fundaba este modo de obrar en la impaciencia que tenía Napoleón de hallarse entre los representantes de la nación algunos días antes de partir á reunirse con el ejército.

Al preámbulo discretamente redactado sucedía el decreto convocando inmediatamente los colegios electorales á fin de que eligiesen seiscientos veintinueve representantes. Este mismo decreto ordenaba además que los colegios que tenían anteriormente presidentes vitalicios nombrados por el emperador, los escogieran por sí y ante sí para la inmediata elección. El decreto apareció el 30 de abril, y se esperaba que bastando un mes para las operaciones electorales podrían los representantes reunirse con los electores en la gran asamblea del Campo de Mayo convocada para el 26. No se detuvo en esta grave concesión. A fin de probar con un acto más que deseaba otorgar á la nación el goce de todos sus derechos, por medio de un nuevo decreto concedió á los concejos el nombramiento, por la vía electiva, de los alcaldes y de los empleados municipales. Esta medida era exclusivamente aplicable á los concejos en los que los alcaldes eran nombrados por los prefectos, y estaba motivada en la ignorancia de que debían adolecer los nuevos prefectos respecto del mérito de sus administrados. Pero como se hallaban en esta categoría la mayor parte de los concejos y especialmente los más insignificantes, dejaba en los campos la elección de las autoridades municipales al arbitrio del partido patriota. Los poseedores de bienes nacionales debían figurar en él en gran número, y como cálculo de partido la medida estaba ciertamente muy bien pensada.

Cualquiera que fuese la mala disposición de los opositores debía ser apaciguada ó confundida, al menos durante algunos días, por medio de determinaciones que tendían á hacer tan pronta y tan formal la ejecución del Acta adicional. No podía, pues, decirse que esto fuese una añagaza, una promesa vana aplazada para el día que se concluyese la paz ó lo que es lo mismo indefinidamente. Tampoco era fácil en Europa presentar como un feroz tirano al hombre que de *motu proprio* se colocaba en medio de los representantes del país; y Napoleón probaba de este modo á la vez su sinceridad y su fuerza moral.

Mr. de Lafayette se quedó plenamente satisfecho y no hizo un misterio de su satisfacción. El príncipe José recibió el encargo de ofrecerle la dignidad de par, pero la rehusó diciendo que no podía aceptar otra misión que la que le confiase el país, hallándose por lo tanto resuelto á presentarse como candidato á los electores del departamento del Marne. Mr. Benjamín Constant, por su parte, contándole con alegría la victoria conse-